



Miguel de Unamuno: Antología esencial (I)

Fue un hombre en movimiento, de pelea y contradicción dialéctica: se enfrentó con el rey, con el dictador Primo de Rivera, con la República y con el bando sublevado en la Guerra Civil

⇒ Patrocinio Ríos Sánchez



Un obispo lo tachó de hereje, los estudios lo califican tanto de católico como de protestante. El escritor se definió como «cristiano, agitador de conciencias y especie única»

Unamuno creador

Personalidad y talante religioso



Retrato de Miguel de Unamuno.

(●) En O. González de Cardenal, «Cuatro poetas desde la otra ladera», Ed. Trotta.



Teatro y novela



se le representa mucho. El Unamuno dramaturgo se alejó de la técnica dramática imperante como lo hará con la forma de novelar y hasta de poetizar. Si las novelas son «nivoladas», los dramas son «drumas». En ambos géneros prescindía de lo superficial y espectacular para hacer resaltar la acción y el problema interior que agita el alma de los personajes. Esta desnudez determina toda la forma de su producción dramática. Pero es por ese rasgo de la concepción teatral, por esa desnudez, «por lo que Unamuno —según F. Ruiz Ramón en su «Historia del teatro español. Siglo XX» (Alianza Editorial)— tiene derecho a ser situado en la corriente del teatro europeo en la que figuran, cada uno con sus caracteres específicos, la obra dramática de Claudel, Eliot, Anderson, Cocteau, Giraudoux, parte de Anouilh, etc...» (79).

En la novela prescinde Unamuno de las descripciones y son imprecisas las coordenadas del espacio y el tiempo de la acción. Y, relativamente, mucho de lo que dicen los personajes del mundo novelesco lo dice Unamuno. Este género es el más valorado del autor y entre todas las novelas salidas de su pluma, «Niebla» (1914) es la más estimada. «La tía Tula» (1921) merece la consideración de estar protagonizada por uno de los más logrados caracteres femeninos por él creados. Pero la novela corta «San Manuel Bueno, mártir» (1931), tan autobiográfica, acaso sea la mejor de sus narraciones y unas de las grandes de la narrativa española (Francisco Ayala). El autor le declaraba a un corresponsal en 1930 que «es una de las cosas en que he puesto más espíritu»; y a otro: en ella «verá usted mi último estado de ánimo» («Epistolario inédito», II, 281 y 286).

La poesía

La obra lírica es muestra también de singularidad, pero esta parcela, como el teatro, ha sido objeto de ciertos reproches, a veces justificados y a veces no. Sánchez Barbudo, en la introducción al

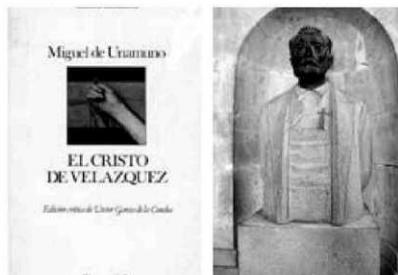
escibe algo parecido: «Fue Unamuno un formidable sonetista. Un día habrá que estudiar su arte de sonetista, el mayor de los españoles modernos, digno sucesor de Lope y de Quevedo, si no en perfección sí en riqueza y altura» («Crítica y poesía, Júcar, 221»). Lo mismo ocurre con muchos poetas de posguerra, como José Ángel Valente o Leopoldo de Luis. Y nunca se ha cuestionado el ambicioso poema «El Cristo de Velázquez». Para Juan Ramón Jiménez es «su obra suprema» y «el mejor libro poético contemporáneo, aunque no es fácil ni tentador» («El Modernismo. Apuntes de un curso», Visor, 117), en especial para ese «ingenuo lector» del que hablaba Sánchez Barbudo.

Al considerar su obra lírica en general, emitió Juan Ramón Jiménez este juicio recogido por Gullón en las citadas «Conversaciones» mantenidas en 1954: «Insisto en considerar a Unamuno como el más grande de los modernistas, por lo teológico de su modernismo. Y en él no hay nelumbos. Hay una inquietud nueva que se manifiesta en toda su obra, como en la de los restantes modernistas» (113). Y en cuanto a su poesía, supera a los clásicos, según estas palabras de lograda expresividad: «Hoy se exige mucho al poeta. Se lee a los clásicos, incluso a los más grandes, y uno se pregunta ¿por qué tanta fama? No hablo ahora, claro está, de estas líneas geniales, maravillosas, que nos deslumbran, sino de lo menos excepcional que las acompaña. La exigencia del lector actual es tremenda. Unamuno tiene esparcida por su obra mayor cantidad de calidad que cualquier poeta clásico» (152). No se debe perder la perspectiva al leer su poesía. Considero que en su huerto lírico hay, sí, versos rudos y erizados, porque no podaba ni entresacaba, pero junto a las zarzas bravías florecen hermosos rosales.

Antología esencial

En esta selección mínima ponderaría la oración final de «El Cristo de Velázquez» (1920) como ejemplo de calidad, de altura poética y profundo sentimiento espiritual. Algunas com-

De izquierda a derecha, Unamuno, Carmen Polo, el cardenal Plá y Millán Astray en un acto en el paraninfo de la Universidad de Salamanca.



libro colectivo «Miguel de Unamuno» (Taurus), le achaca «muchos versos feos, duros y prosaicos» y los poemas «más que expresar vivas y frescas emociones, no son sino repetición de antiguas ideas y viejos sentimientos [...] muertos y recalentados» al escribir el poema. No obstante reconoce que «hay sin duda entre sus poemas algunos muy buenos» y también que «hay bellezas, hondas intuiciones, raros hallazgos». Este mismo profesor constataba que «el ingenuo lector» le lee poco. No obstante, grandes poetas contemporáneos o posteriores a él le estimaron mucho como autor lírico.

El primero de ellos, Rubén Darío (hoy como prólogo a Teresa). De igual modo Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez. Entre los de la Generación del 27 se podrían citar palabras muy meritorias de Gerardo Diego, de Luis Cernuda o de García Lorca. «Qué grande es Unamuno», exclamaba este, y Luis Cernuda, por ejemplo, advertía en «Estudios sobre poesía española contemporánea» (Guadarrama, 1957) ciertas «rudezas», sí, pero que «no impiden que Unamuno sea probablemente el mayor poeta que España ha tenido en lo que va de siglo» (90). Y refiriéndose a «Rosario de sonetos líricos», el segundo libro poético de Unamuno, declara: «No diré que todos los sonetos de Unamuno tengan valor igual, pero si algunos sonetos de un poeta español contemporáneo pueden colocarse al lado de otros de un poeta clásico, como Góngora o Quevedo, son los de Unamuno», y recomendando leer «el bellísimo» «Mi cielo» (93). Gerardo Diego

posiciones de «Rosario de sonetos líricos» son justamente estimadas. Sería muy oportuno, a su vez, recordar antes, con las palabras del propio autor, qué es el sentimiento trágico, que da nombre a su famoso ensayo, porque aclararía muchos pasajes e ideas verdaderas en su obra y en concreto en «San Manuel Bueno, mártir», al que nos referimos después.

Del sentimiento trágico de la vida

El estado afectivo llamado sentimiento trágico que da nombre al famoso ensayo no es otra cosa que una filosofía o concepción de la vida consistente en una preocupación, natural o adventicia, ante el destino final. En el capítulo I de esta obra escribe:

«Hay algo que, a falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente. Y ese sentimiento pueden tenerlo, y lo tienen, no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Y ese sentimiento, más que brotar de ideas, las determina, aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionan sobre él, corroborándolo. Unas veces puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, verbigracia, por otras veces es constitucional. Y no sirve hablar, como veremos, de hombres sanos e insanos. Aparte

de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tenga que ser naturalmente alegre. Es más: el hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad» (Espasa-Calpe, I, 38-39).

Ese algo que llama sentimiento trágico de la vida, esa preocupación por el qué será de nosotros después de la muerte, se lo expone a la chilena Matilde B. de Ross en una carta de 7 de enero de 1916 de esta manera:

«Mi obra «Del Sentimiento Trágico de la Vida» anda ya, en su primera parte, traducida al italiano y hace tres días me escribió un alemán (!!!) que la tenía acabada de traducir a su lengua y me pedía licencia para publicar su traducción así que la guerra termine. Y en breve voy a empezar a publicar en volúmenes la colección de mis ensayos esparcidos por revistas. Es decir, que no dejo de trabajar. Y es mi consuelo. Y digo mi consuelo porque parecerá mentira, pero el caso es que habiéndome ido bien en la vida, sin grandes contrariedades, con mi mujer y mis ocho hijos sanos y buenos y contentos, sin apuros pecuniarios, con buena salud yo y el respeto de mis compatriotas, no logro echar de mí ese sentimiento trágico de la vida, esa constante preocupación ante nuestro destino final. Me habla usted de su eterna pena y de que su vida es un fracaso. Yo creo que toda vida es un fracaso y que si la vida tiene un sentido éste sólo se ve después de la muerte» («Cartas inéditas», Zig-Zag y Rodas, 360).

La constante preocupación ante el destino final conlleva un conflicto interior entre la razón y el sentimiento de aspiración vital. De él deriva la autoexposición característica de Unamuno y la base de su vigorosa vida, en todas sus manifestaciones. Escribe en el capítulo VI de este libro: «No he querido callar lo que callan otros; he querido poner al

proclama la grandeza de Dios como ser inabarcable y de existencia indemostrable. Al negar tal condición, el creyente Unamuno se convierte paradójicamente en un ateo, un ateo respecto del Dios oficial y racionalmente establecido. «Incredulidad y fe» (XLII) dirige el ruego a Cristo. Parte de una declaración de sed de Dios y basa su idea principal en Marcos 9, 24-25, de tan frecuente referencia en su obra: «Señor, creo; ayúdame a mi incredulidad». «Mi Dios hereje» (XLVII) muestra proximidad confesional ante Dios al tiempo que subraya por un lado la condición de creyente y delata por otro la falta de vitalidad espiritual en la Iglesia, que, ostentando formalmente las llaves de Pedro, símbolo del poder católico, se arroga el derecho de abrir o cerrar el acceso al Reino.

No resulta inoportuno mencionar el título «Razón y fe» (LIII) para explicar ese brioso combate personal de Unamuno entre la facultad racional y la virtud de la fe, vinculado al sentimiento



Caricatura de Sirio.

desnudo, no ya mi alma, sino el alma humana, sea de ella lo que fuere y esté o no destinada a desaparecer. Y hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital. Y llegado aquí os he dicho que hay que aceptar el conflicto como tal y vivir de él. Ahora me queda exponeros cómo, a mi sentir y hasta a mi pensar, esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión y hasta de una lógica» (121).

«Rosario de sonetos líricos»

Así se titula el segundo libro de poesías de Unamuno, formado por 128 composiciones, todas ellas escritas entre septiembre de 1910 y febrero de 1911. Forman dos grandes apartados: el civil y el personal. Los reseñados aquí ahora entran dentro de este último. «Redención» (XXIX) es una exhortación a no dejarse dominar por la tristeza. Juan Ramón Jiménez se refirió a él en su curso sobre el modernismo y le señala el rípi que supone la palabra «adarga». Se deben tal vez vicios en los que a veces incurre Unamuno a que elige rimas difíciles. El poema refleja un estado de alma. Al mismo círculo personal pertenecen poemas de tipo religioso que constituyen verdaderas oraciones: «La oración del ateo» (XXXIX),

trágico y que arrastra una concepción de la vida. La razón y la fe para Unamuno «son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro», dice al comienzo del capítulo VI de «Del sentimiento trágico». Se asocian en una lucha, la lucha por la vida: «En el mundo de los vivientes, la lucha por la vida, "the struggle for life", establece una asociación, y estrechísima, no ya entre los que se unen para combatir a otro, sino entre los que se combaten mutuamente» (111). La vida y la obra de Unamuno encuentran abrevadero en el abrazo paradójico entre la razón y la fe. El escepticismo derivado de aquella funda y alimenta a ésta, que, a su vez, es «melliza» de la esperanza, como dice en el soneto «Ir muriendo» (LV), o hija, según «A la Esperanza» (CXX).

En el combate no cabe la concordia: del conflicto brota, como decía, la fecunda vida espiritual de Unamuno y la motivación de tantos escritos es fruto de esa guerra. En el segundo párrafo del citado capítulo VI de «Del sentimiento trágico» leemos: «La paz entre estas dos potencias se hace imposible, y hay que vivir de su guerra. Y hacer de ésta, de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual» (107). Tal es el planteamiento de la vida y obra de Don Manuel Bueno, protagonista de la novela a la que da el título.